

DATOS

SOBRE POESÍA RELIGIOSA É INÉDITA

Librería
DEL

SIGLO XVIII.

J. Alejandro Lopez.



Librería

AMBATO.

1889.

IMP. DEL TUNGURAHUA.—POR TEODOMIRO MERINO.



DATOS

SOBRE POESÍA RELIGIOSA E INÈDITA

I.

No pocas veces, al examinar nuestra literatura durante el siglo XVIII, nos hemos preguntado si acaso el poderoso genio español, que tan fecundo fué en obras y pensamientos en tiempos anteriores, había degenerado en América mucho más que en la Península. Casi todos cuantos han tratado de historiar el desenvolvimiento de la literatura patria, han convenido en que el siglo pasado dió muy poco de sí, en punto á personajes que cultivaran la poesía, y cuando más encuentran imperfectos y rudimentarios ensayos en las órdenes religiosas. Y semejante fenómeno no es concebible, cuando las condiciones de América no eran para justificarlo: si alguna región estuvo destinada á ser semillero de altísimos poetas, fué ésta con su exuberancia de vida y lozanía, tierra donde hasta los más gastados ingenios de Europa, todavía encontrarían vigorosas inspiraciones.

Hay dos clases de escritores que tratan de explicar este difícil punto. Unos, con exagerado empeño, describen con colores terríficos la situación de las colonias durante la dominación española y de consiguiente su falta de cultura intelectual, de tal suerte que estos países carecían de todo elemento de bienestar público y privado, condición indispensable para el mejoramiento del espíritu; ótros, por el contrario, dan como teme-

raria tal opinión y piensan que en el siglo pasado, nuestra patria, en especial, por la tranquilidad pública y buenas relaciones de los individuos entre sí, estuvo muy ocasionada al fomento de los buenos estudios. Hasta que punto tengan razón, no parece decidido aún; pero sí debe constar, cómo á la presente, hay investigadores serios que vienen demostrando como por entonces hubo muchos sujetos de cuenta dados al cultivo de las letras divinas y humanas con relevante provecho y que el estado de los estudios no fué tan atrasado cual se nos ha querido decir. Con esto han confirmado la aserción de que el gobierno español hizo en favor de la instrucción cuanto medianamente podía hacerse, atentas las desfavorables condiciones de esos tiempos y la lenta difusión de los conocimientos aun en Europa.

Con todo, por carencia de datos seguros, siempre se presentarán obstáculos muy graves á quien se dedique á dar con lo cierto relativamente á esta época. Fácil tarea parece á un historiador coordinar y relatar acontecimientos, descubrir de éstos los móviles y entrar por los arduos dominios de la crítica, como tenga caudal y buen acopio de documentos; mas, no así, para los que dándose por afortunados, tienen de cimentar sus juicios en tal cual manuscrito mutilado é incorrecto. Para serenos más visibles nuestros mayores, fueron impedimentos, el desuso de la imprenta, las dilaciones de la censura y el disfavor con que se solía mirar cuanto no venía de ultramar, por donde era para ellos más hacedero y manual, consignar sus pensamientos en manuscritos. De éstos, una parte considerable se habrá perdido como es natural suponer, mas no pocos se han conservado en las bibliotecas de las órdenes religiosas ó en poder de particulares que los han guardado á título de curiosidades, siendo desconocido su mayor número á quienes pudieran aprovecharlos.

En el punto en que convendrán necesariamente cuantos traten del siglo pasado, es en que el predominio de la poesía religiosa en nuestra literatura fué notable y tanto cual si ella sola hubiese absorvido la atención general. Recordemos que el sentimiento religioso era exclusivo y que nuestros antepasados eran sobre todo verdaderos cristianos y nos habremos dado cuenta de por qué imperaba este género.

El pueblo, con su genial manera de expresar lo que siente ó quiere, ejerce notable influencia en la literatura de cada época: en ocasiones se prenda de un héroe en quien ha de personificar el valor aquilatado, como cuando los españoles en la guerra de la reconquista, personificaron en el Cid, el pujante brío de su raza puesta á luchar para largo tiempo con las huestes musulmanas; entonces su lenguaje fué enérgico y viril, aunque falto de corrección. Estos mismos, ya vencedores y ufanándose con sus laureles, forman la primera nación de Europa y su nombre es pronunciado donde quiera con respeto; entonces hablan por boca de sus prosadores y poetas un lenguaje no oído por la belleza de la forma y alteza de los conceptos. ¿Por qué en nuestros días prepondera el realismo hasta el punto de hacer temer que haya encadenado para siempre al idealismo? Los pueblos modernos, más dados á gozar que á sentir, exigen la reproducción servil de la realidad despojada de todo embellecimiento ideal, á pretexto de que todo cuanto no es positivo es delirio de la fantasía.

Predominó entre nosotros el sentimiento religioso porque todo cuanto de bueno hubo, debido fué á la Religión y porque sus ministros se mostraron en toda América los más celosos defensores de los indios, los maestros más infatigables en adoctrinarlos y quienes con mayor influjo recabaron de los gobernantes humanidad para los gobernados, sin cejar en su empeño por más que ese proceder les acarrase á menudo serios disgustos. Pródiga muestra de su influencia y ade-

lantado espíritu fueron en el orden material, los magníficos templos que contempla asombrado nuestro siglo incapaz de comprender como ha de ser Dios y no el hombre tratado con tanta magnificencia.

Buscar en el orden intelectual los monumentos de la fe de nuestros mayores, será siempre obra laudable en la cual debemos empeñarnos como creyentes y como amigos de las letras, seguros de que en tan meritoria labor nada hay sin interés ni baladí. ¿Y será para descuido lo mucho de bueno que talvez tenemos, obra de inspiración femenina y religiosa? Oh! no ciertamente. Que hubo entonces poetisas de alto renombre y verdadero mérito, dígallo quien conoce á Sor Juana Inés de la Cruz, Sor Francisca de la Concepción de Tunja, la señora Jerónima Velasco y otras que florecieron especialmente en los monasterios.

II.

La mujer nunca estuvo corta en ofrendar su existencia á Dios en aras de un amor vehementísimo, como no lo ha estado en expresar las ternezas y deliquios de éste mismo por modo inimitable y del cual ella sola ha sido capaz. Nadie como Santa Teresa de Jesús ha hablado de las místicas relaciones entre el Creador y la criatura en tan levantados términos. Y el silencio del claustro es admirable elemento para la elevación del alma, que erguida hacia lo alto parece estar escuchando perpetuamente las armonías angélicas. Dignos son, pues, de compasión los que dan como incompatibles el estado y prácticas religiosas con los impulsos del genio; y fuera tarea inacabable enumerar los personajes que con ser profundamente religiosos, honraron á la humanidad en el luminoso estado de las ciencias y de las artes. Nó; el amor de Dios se compadece á maravilla con el encumbrado

vuelo de la inteligencia, mejor dicho, este amor es la aspiración espiritual y depurada del alma que rompe por toda valla para remontarse á Dios; es la consagración de las facultades más nobles al único y supremo objeto que las realza; ni tuvo el ingenio ocupación más digna que cuando se puso al servicio del Señor, á modo de incienso que sólo se consume dignamente ante el ara del santuario.

Un monasterio, por lo general, no es apreciado en lo que vale y para muchos es incomprensible que haya en él copia de afectos é ideas, considerándolo tan solo como encierro donde hay víctimas que en perpetuo llanto sienten extinguirseles la vida. Semejantes apreciaciones son siempre resultado de ignorancia rematada ó de creer que una virgen al franquear los dinteles del monasterio pierde su afición y aptitudes para la poesía, si las tiene, matando en gérmen un don tan raro como valioso. ¿Cómo, si la poesía es una de las más preciadas formas de dar culto à lo bueno y à lo bello y precisamente esa virgen va en busca de lo úno y de lo ótro para poseerlos sin tasa ni medida? Lleva en su corazón una primavera; sólo que ésta le servirá para darle un lazo de rosas con que ceñirse al Amado, ejemplar de toda Bondad, prototipo de toda Belleza.

Lo sensible en tales composiciones nacidas en la soledad es que mueren en la soledad, cual si estuviesen destinadas á participar del silencio y del misterio que las preserva de ser ajadas por indiscretas miradas, como lo son las mil y mil sonoras bagatelas, diariamente arrojadas al perpetuo vaivén de la publicidad. Los archivos de los monasterios, son sin duda, minas de donde es posible extraer rarezas de precio en el sentido que venimos hablando y en ello nos hemos confirmado al encontrar una notable colección de composiciones sagradas, especie de Roman-

cero y Cancionero, obra y propiedad, à no dudarlo, de las religiosas del antiguo monasterio de Corcontas de Ibarra.

Erigida canónicamente esta casa en 1669, si nos hemos de atener à un documento del siglo pasado que se alude à la época de su fundación, floreció se honró con religiosas notables, concluyendo por su extinguida en 1869, à los doscientos años de existencia y à consecuencia del terremoto que arruinó la provincia de Imbabura. El P. Velasco, en su historia del reino de Quito, menciona este monasterio y hasta ahora viven dos ó tres beneméritos sacerdotes que sirvieron en él como capellanes y que hablan de las favorables condiciones que tuvo antes de su extinción. Poseyó cantidad de documentos; mas el terremoto destruyendo el edificio, sepultó cuanto había y apenas à reiterados esfuerzos se pudo extraer posteriormente varios papeles, la mayor parte, por desgracia, sin valor notable. Así se encontraron los dos referidos manuscritos.

El primero y más importante de ellos, encuadrado en pergamino, consta de 116 páginas y lleva en la portada, además de varios dibujos à pluma, representando frondosos ramages donde posan variedad de pajarillos, el siguiente lema latino: "*Animae sanctae, ita ut volucres coeli, veniant et habitent in ramis ejus.*" Contiene cosa de ciento y más romances, muchísimas coplas, un auto sagrado de corta extensión, jácaras, glosas, villancicos y otros juguetes poéticos; el segundo contiene sobre treinta romances, fuera de otras composiciones ligeras.

Por lo visto, predomina en esta colección el romance, género de poesía exclusivamente castellana y tanto, que en su existencia secular desde la formación del habla hasta nosotros, no ha mudado sus formas, si bien se ha perfeccionado como lo reconoce el cé-

Lebre rebuscador de romances D. Agustín Durán, quién va hasta reconocer que éstos han marchado con la sociedad española, por su constancia en conservar sus formas indígenas y por su facilidad en adaptarse á toda clase de ornato y de pensamiento. “Desde los antiguos juglares hasta los trovadores, dice, de éstos á Berope de Vega y Góngora, luego hasta Meléndez Valdez y luego hasta el duque de Rivas y sus contemporáneos, el romance ha corrido siglos y siglos sin interrupción, ha conservado sus formas primitivas y originales.”

Así y todo, no data de muy antiguo la afición al estudio de los romances populares y los extranjeros hubieron de dar ejemplo de tales investigaciones, á los mismos obligados á ellas, por deber y por honor nacional. Ticknor en el apéndice de su historia de la literatura española, publicó varias poesías, al parecer de comienzos del siglo XVII y antes ó después de él, Grimm, de Faber, Wolf, Lembke, Depping y Brokhaus, animo generoso, trabajaron con provecho en el entonces inexplorado campo del romance popular no. Hoy, afortunadamente, nada hay por decir en este punto y en la Península es variadísimo el número de Romanceros ó sean colecciones de esta clase de poesías; sólo que en su compilación se ha observado diversos métodos; pues, clasificarlos por orden riguroso de antigüedad ha parecido punto menos que imposible, ya que, en general, se ignora la época de su composición y sólo se puede conjeturarla por los modismos del lenguaje ó índole de la narración. ¿Quiénes fueron los autores de las poesías que nos ha cabido en suerte encontrar? Difícil nos ha parecido responder, sobre todo, cuando nada se ha podido sacar en limpio después de repetidas diligencias para averiguarlo. Indicación precisa, no hay en el texto; así que, á primera vista creímos tener entre manos cuau-

do mucho una colección anónima de composiciones tomadas de acá y allá. Pero, cuando fijándonos detenidamente, pudimos observar algunos rasgos salientes que marcaban la fisonomía de la obra, si así vale decirlo, ya no dudamos de que ellas procediesen de las referidas religiosas conceptas y escritas por lo menos desde el promedio del pasado siglo. Que fueron obra de varias personas lo indica, además de la variedad de letra y ortografía, el diverso estilo empleado, siquiera todas participen de un sello particular que obliga á mirarlas como inspiración de quienes tuvieran conformidad de ideas y sentimientos.

Lejos estamos de asegurar con lo expresado que todas esas composiciones fueron escritas por las religiosas; lo creemos tan solo de la mayor parte. Asignar un escrito literario á determinada persona por solas conjeturas, es muy aventurado y sujeto á equivocaciones tanto más ruidosas cuanto ha sido mayor el engaño padecido; pero aquí hay algo más que conjeturas en abono de nuestro aserto. En el curso de las composiciones hay citas de nombres propios de lugares comarcanos, hay referencias directas á ^{resen-} el claustro y á las costumbres religiosas muy ^{dad de} ladas entonces y no faltan otras indicaciones que muestran como propios de ellas los conceptos ^{verdaderos} y las incorrecciones mismas las declaran fruto de ^{is} inspiración femenina. La frase muestra ser del siglo pasado y como consecuencia del mal gusto dominante, se ve afeado por los resabios del culteranismo que privaba todavía en América, cuando la restauración de las letras había dado ya en España buena cuenta de él.

III.

No faltará quien quiera hallar en los fragmentos que vamos á transcribir, los quilates de pura y verdadera poesía, tal como se entiende al rigor de la palabra.